

Políticas y estéticas de la memoria

Nelly Richard / editora. *Políticas y estéticas de la memoria*. Cuarto Propio, 1999.

Nelly Richard



Presentación

Ni el pasado histórico ni el recuerdo que le da forma son referencias dadas, ya organizadas como tales, en espera de que la memoria se dé vuelta hacia atrás para recoger sus contenidos como si se tratara de un depósito de significaciones ya listas e igualmente disponibles para cualquier lectura. La presión urgida –y urgente– del hoy nos insta a desatar los nudos de la temporalidad que tienden a comprimir los sucesos en un pretérito fijo, inactivo, para reorganizarlos según entrecruzamientos plurales. El desconcierto y la perplejidad, la inminencia de un peligro, el furor o la desesperación, todo lo que nos habla de una relación quebrada e inestable (no-satisfecha) con el presente, nos da motivos para rehilvanar secuencias y desenlaces; para abrir los sucesos al flujo de otras comprensiones que asocian, fragmentan y rearticulan los materiales del relato histórico en versiones siempre expuestas al corte divisorio y a la fuerza de interrupción de nuevas contingencias.

Las distintas versiones que, en este libro, destejen y retejen las relaciones entre el pasado de la dictadura militar y el presente de la Transición para examinar tanto sus encadenamientos de razones históricas como sus fallas de inteligibilidad, sus huecos y perforaciones existenciales, se vieron atravesadas por la noticia del arresto de Pinochet en Londres, en octubre de 1998. Esta sacudida de la noticia, que hizo estallar la energía contestataria del tema de los derechos humanos en Chile y en el mundo, remeció nuestra problemática de la memoria. Al desorganizar bruscamente los minuciosos pactos –de silencio y complicidades, de temores y vigilancia– con que las máquinas oficiales de la Transición sellaron su “democracia de los acuerdos”, el caso Pinochet evidenció la necesidad de reexaminar críticamente la lógica encubridora de estos pactos transicionales. Puso de manifiesto

cómo la ritualización del consenso hizo prevalecer la lógica –centrista– del término medio, para conjurar el fantasma de la polarización ideológica ligada al recuerdo de los extremos.

Al querer volver lisas y transparentes, sin asperezas ni rugosidades de sentido, las definiciones de lo social y de lo político llamadas a contribuir quietamente a su pragmática del entendimiento colectivo, la instrumentalidad del consenso debió eliminar de su superficie operativa las adherencias simbólicas de un pasado recalci-trantemente dividido, en litigio de verdades e interpretaciones. Quiso desacentuar las marcas de ese pasado; atenuar los énfasis de toda oposición para nivelar tonos e inflexiones y reunir las voces en discordia bajo la misma consigna moderadora de la prudencia y de la resignación; desintensificar el valor de experiencia contenido en la dramática del pasado para traducir sus “datos” al lenguaje notificante del informe y del reportaje de actualidad. El formulismo y el tecnicismo del consenso frustraron así una manera –necesariamente polémica– de hacer memoria, que requiere del examen crítico de los antagonismos de posiciones que dividen el sentido de la historia con sus conflictivas batallas de interpretación y legitimidad. Durante años, permaneció fuera de debate público el modo en que las *políticas del recuerdo* (agitadas por todos aquellos que se opusieron a que la borradura de las huellas del pasado –de lo desaparecido, de los desaparecidos– fuera el precio a pagar como indecente tributo al milagro neoliberal) se enfrentaron a las tecnologías de la desmemoria que, diariamente, sumergen la conflictividad de lo social en la masa festiva de lo publicitario y de lo mediático. Sin embargo, la materia sedimentada del recuerdo que parecía bloqueada por el no-trabajo crítico de la memoria termina aflorando cada vez que se rompe la costra del presente y supura el pasado herido. La dislocación significativa que introdujo el caso Pinochet en el arreglo político-institucional de la Transición, trajo el beneficio de convertir a la memoria en una nueva zona de enunciación política, de intervención social y de performatividad mediática. Abrió

el recuerdo tanto a sus usos públicos (la calle, la prensa y la televisión) como a las rearticulaciones críticas de los textos y de las disciplinas (la historia, las ciencias sociales, etc.) que colocaron bajo rigurosa sospecha las suposiciones hegemónicas del discurso explicativo oficial.

Disímiles en sus procedencias y registros de exposición (del informe sobre derechos humanos a la reflexión filosófica, del comentario periodístico a la crítica estética, del universo psiquiátrico a la figuración literaria), las intervenciones reunidas en este libro recogen casi todo el material presentado en el Coloquio "Políticas y estéticas de la memoria" realizado en agosto de 1999 en la Universidad de Chile¹. Estas intervenciones, sin duda heterogéneas, poseen en común el hecho de preguntarse—inquietas— por la tensionalidad (moral y política) del recuerdo histórico y sus desgarraduras. Recorren los escenarios de la memoria donde este recuerdo sigue luchando para grabarse con potencia de acontecimiento: en los testimonios de las víctimas y en los tribunales de justicia pero, también, en las simbolizaciones intensivas del arte y de la literatura; en la defensa intelectual de una ética del pensar. Buscan descifrar las ocultas técnicas

Este coloquio se debió a la iniciativa de Jean Louis Déotte (Universidad de París VIII) y al impulso de Marie-Christine Riviere (Instituto Francés de Cultura) que lo hicieron posible, junto a los esfuerzos de muchas otras personas (muy en particular, de Carlos Ruiz de la Universidad de Chile) e instituciones: la Cátedra Unesco de Filosofía y de la Universidad de Chile, la Fundación Rockefeller, la Revista de Crítica Cultural, la Embajada de Francia y el Goethe Institut, la Universidad París VIII y la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y el Centro de Extensión de la Universidad Arcis. Algunos de los textos aquí reunidos corresponden a transcripciones de materiales grabados. La mayoría de ellos reproduce las versiones que fueron especialmente escritas para el Coloquio. Colaboraron a la traducción de los textos franceses: Catherine L'Homme, Justo Pastor Mellado, Sylvie Moulin, André Silvert, Guadalupe Santa Cruz y Nelly Richard. Como parte del Coloquio, se realizó también—gracias a la colaboración de Francisco Brugnoli— la exposición *Memoria(s)* en el Museo de Arte Contemporáneo (agosto de 1999) con la participación de Carlos Altamirano, José Balmes, Gracia Barrios, Roser Bru, Francisco Brugnoli, Gonzalo Díaz, Eugenio Dittborn, Arturo Duclos, Virginia Errázuriz, Carlos Leppe, Guillermo Nuñez, Lotty Rosenfeld y Mario Soro.

de la desaparición que intentaron suprimir las huellas físicas de los cuerpos y las trazas de su recuerdo para que la negatividad refractaria de los desintegrado, del residuo avergonzante, no obstaculizara el triunfal avance de la modernización económica en el Chile de la posdictadura.

Alrededor de lo ausentado y de lo substraído, de lo que falta y hace falta, los textos de la memoria van rastreando las difusas señales de relatos entrecortados y de visiones trizadas, de comprensión dañadas y de vocabularios incompletos. Las hablas mutiladas de estos relatos carecen, muchas veces, del poder de enunciación suficiente para inscribir su queja en el tono —fuerte— de una interpelación que sea capaz de descentrar el monopolio argumentativo de la razón impuesta por las estrategias transicionales. Son, sin embargo, estas señales trucas las que deben ser incorporadas a las narrativas históricas de la Transición para que cobren visibilidad no solo los brillos del éxito político-administrativo y Técnico-comercial de la modernización democrática con los que se viste la actualidad chilena sino, también, lo más oscurecido por ella: lo fracturado y convulso de biografías rotas, de subjetividades en desarme, de lenguajes y representaciones llenos de cicatrices que el frenesí mercantil ha desalojado cruelmente de sus vitrinas del consumo. Tenemos que darles un espesor valorativo a estos signos de malestar e irreconciliación con los que prácticas y subjetividades confiesan sus desajustes con el idioma tecnificado de una sociedad numeraria; una sociedad hecha de datos competentes, de saberes operacionales, de planificaciones ejecutivas, de léxicos seriados y de audiencias sumisas a los vulgares estereotipos del mercado comunicacional.

Ejercer la memoria sirve para delatar las maniobras de borrado de las huellas que fabrican cotidianamente el olvido pasivo y su indiferencia. Sirve también para reanimar los restos aparentemente vencidos de un pasado lleno de simbolizaciones rotas, de quietudes ideológicas, de remanentes utópicos de una historicidad que, sin embargo, podría todavía re-imaginarse deseante por zafarse de la monotonía de este presente rutinizado por la tecnocracia de los expertos. Algunos de estos ejercicios de la memoria toman la forma —combatiente— de la denuncia pública de los Familiares de Detenidos Desaparecidos